

Quezada a dos voces, Kemchs y Paco Calderón



No debe haber monero mexicano que repela a Abel Quezada, personaje central en esta gran tradición crítica del periodismo que son las caricaturas de lo cotidiano, de la política, del encuentro de los lectores con el humor. Sin embargo, hay afinidades más cercanas entre ellos hacia su estilo, su genio, y aún hay quien trabajó de cerca con él.

Del gran cosmos de la monería mexicana, elegimos a dos grandes autores, ocupados diariamente en esta reflexión que Quezada ejerció toda su vida, para, en este centenario de don Abel, celebrarlo revisando su temple en una charla amena que Elías Razo y quien esto edita compartimos con ustedes a manera de pequeñas notas dedicadas a distintos aspectos del artista que dialogan entre sí.

Arturo Kemchs, impulsor del Museo de la caricatura y de la Sociedad mexicana de caricaturistas, promotor de la única librería dedicada a las publicaciones moneriles, la Librería Rius en el transborde del metro Zapata, se mostró escéptico a propósito de la validez actual del trabajo del maestro Quezada. “No sé si para los chavos sea del todo comprensible”, dijo, sin embargo también nos compartió que, tanto él como Rius, son un parteaguas de la caricatura moderna, por dejar de cultivar el preciosismo al que la tradición había llegado con *la Ranita Freyre* o *el Chango Cabral*, y con su sencillez en los trazos y su tan característica y punzante gracia, logró romper un paradigma y acercar el mundo de los monitos a un mundo de practicantes, al que estaba normalmente acotado.

Paco Calderón, por otro lado, siente la vigencia de Quezada en varios cartones y personajes atemporales, que a pesar de tratar temas de un momento determinado, cuando uno los lee, nos comentó, se puede ver que no han cambiado nada. Y, agregó, el gran legado de Abel es haber sido el primer caricaturista mexicano que se mofó del mexicano y de lo mexicano, abiertamente, autocríticamente.



Kemchs

Un maestro a la mano

Entré a trabajar en *Novedades* después de que murió el maestro Ernesto Guasp, en el 84, me ofrecieron la página editorial, a lado de Abel Quezada y Ramón Rosas, y una tarde, recién comenzaba a colaborar, me llamó el director porque me quería presentar a alguien. Bajé al piso donde estaba el periódico, entro en la oficina del director y ahí estaba Abel Quezada.

Yo ya lo conocía, había visto fotos de él, pero la primera vez que lo vi de frente me impactó, porque se para un hombre altísimo, y yo mido 1.80, muy elegante, de pelo cano, me saluda señalando un periódico *The News* y me pregunta: “¿Tú haces esto?”, le dije que sí, me sonrió y me llamó colega. Ahí comenzó mi relación con el maestro Abel, que me ofrecía siempre papel y me orientó en los tipos de plumillas y de papel que debía usar. Fue un compañero de trabajo y un maestro a la mano.

Paco Calderón

Una vez nada más

Teníamos muchos amigos en común, y todo mundo me decía “Cómo es posible que no lo conozcas, el día que quieras te lo presento” y ese día nunca llegó, hasta que otro colega, Luis Jerónimo, me habló y me invitó a una presentación de un libro suyo en el Museo de Arte Moderno, y ahí fui.

Muy chistoso, uno va viendo los cartones y siempre se imagina al caricaturista, pero cuando lo conoces resulta que era enteramente distinto a la persona que uno había dibujado. Él era una especie de Nikita Krushev pero flaco, era un hombre completamente serio y hablaba pausadamente, no le venía ser el pozo de humor que yo había leído, pero ni modo, así era.

Y al final habíamos una fila enorme de caricaturistas que lo admirábamos. Nos formamos para darle la mano y cada uno se iba presentando: Arturo Kemchs, Luis Jerónimo, Paco Calderón, fulanito, perenganito...

Solamente una vez nada más pude encontrarme con él en la vida, me estreché la mano y me dijo “¿Usted es Paco Calderón?”, y párale de contar, sin embargo, y creo que como todos en cierta generación, leí a Quezada desde niño y lo admiraba profundamente.

Abel siempre perteneció a una élite de la caricatura. Muchos años después que fui presidente de los caricaturistas veía que nunca convivía con nosotros. Abel estaba en una órbita superior, artística: fue director del Canal 13 aunque fuera por un día, viajaba con el presidente Echeverría, viajó mucho, conoció muchos países: Japón, África, se iba hasta Alaska, en ocasiones por cuestiones de trabajo y en ocasiones por gusto, pero viajó mucho... ese era su nivel.

Tengo un libro que me regaló, en donde la dedicatoria dice “Para el colega, Arturo Kemchs, de parte del dibujante Quezada”. Él nunca aceptó que se le dijera monero, ni ilustrador, ni cartonista siquiera, él era dibujante ante todos nosotros.



Burlarse de todos y de nadie

Abel Quezada vivió en una época que no se podía criticar directamente a los funcionarios, por eso inventaba personajes para apoyarse: Gastón Billetes, el periodista muerto de hambre, el Charro Matías, el perro Solovino, el gato Fidencio, son personajes que atacaban la política sin hacerlo.

Había un caricaturista en el siglo XIX francés, Honoré Daumier que dibujó en el régimen de Napoleón III en que no se podía criticar sin caer en la cárcel. Por eso inventó un personaje de nombre Ratapoil, clásico pequeño burgués reaccionario, y poniéndolo en situaciones para que todo mundo se burlara de él, en realidad se burlaba de Napoleón III, tal como hizo Quezada en México. Hasta donde yo recuerdo él solamente dibujaba a políticos que fueran sus amigos y no para pegarles durísimo.

Una vez hizo un cartón que nunca se publicó, pero que todo mundo conocía. Era don Emilio Rabasa pidiendo perdón en Israel por las bobadas que había dicho Luis Echeverría. Cuenta la leyenda que en el cartón salía un boxeador con cara de Rabasa madreado y decía “Primer *round*: Rabasa contra Chile”; “Segundo *round*: Rabasa contra Franco” y salía todavía más madreado; “Tercer *round*: Rabasa contra Israel” y salía ya el boxeador en camilla respondiendo a un reportero “Todo se lo debo a mi manager”. No sé si fue cierto o no, pero todo mundo hablaba de eso. Era también la clase de empuje que traía Quezada.

Una manera de ser amigo de todos

Quezada viajaba con el presidente, con varios presidentes en turno, a sus giras, con los reporteros, pero él era el único monero que tenía esa clase de trabajo. Y tendríamos que situar esa época muy priísta en donde no importaba que el caricaturista criticara constantemente a alguien, sino que importaban las buenas relaciones. Abel Quezada podía estar desayunando con Luis Echeverría un día y al otro publicando un comentario caricaturizado sobre algo que hizo inadecuadamente. Se le perdonaba por ser monero de renombre, por ser una broma, por ser chusco, y lo que se sabe es que otros políticos le pedían sus caricaturas, aunque hablaran mal de ellos. Era como un diploma tener un original que hablara mal de ti de Abel Quezada.

Abel tenía una forma graciosa de hacer referencias, y posiblemente por ello no se llegaron a ofender los políticos. Los criticaba, pero a veces con personajes como el Charro Matías, que concentraba la crítica a un sistema disfuncional tan amplio como singular de los empleados públicos. Otro ejemplo, El tapado, que todos conocemos y me parece que es su gran contribución para la historia de la caricatura política, un personaje que, desde la cotidianidad, despertaba una conciencia política muy particular, y que él mismo retomó de la caricatura que se hacía de candidatos a ciertos puestos en los 1700, dibujados con canastos en la cabeza.

Era muy fácil que te identificaras con las situaciones de los personajes de Abel, eran las críticas que con humor te formaban una conciencia y cumplía la función del caricaturista: decir lo que quiere decir la gente, porque una queja era también una crítica al PRI, una crítica al sistema y todo lo que no funcionaba a su alrededor, de todo lo que era la sociedad.

El hombre sin ideología

En este oficio hay mucho de victimismo. “No te rías del pobre, sino del de arriba” está en el ambiente de los moneros, y Quezada escribía que los de arriba salieron de los de abajo, que esos políticos que tanto odiamos son igualitos a nosotros nomás que con poder. Él se reía del mexicano, de sus traumas, de sus complejos, del incivismo reinante.

Tiene un cartón genial, que salen dos parejas: la señora pintada como por Sherwin-Williams, con un peinado estrafalario y el hombre con bigotito de lápiz, pelo engominado y todo, y se ven cruzando, diciéndose “Ahí van unos nacos”. Es un retrato hecho con bisturí. Había otro donde se carcajeaba de “la gran cocina mexicana”, si todo es la misma tortilla en distintos platos. En fin, tenía al mexicano como *punching bag* y en eso fue el primero.



El estilo hizo al hombre

A Abel le gustaba mucho escuchar, hacer trabajo de campo. Retomaba las molestias, las angustias, las inconformidades y los distintos puntos de vista de una sociedad y, sintetizados, los trazaba y publicaba, abriendo una ventana para la gente, obviamente con mucho humor, que es la única forma para que la gente lo perciba y se lo quede en este oficio.

Por otro lado, Quezada logró rápidamente un estilo de dibujo que difícilmente otros dibujantes hubieran podido hacer, un estilo único, tal vez influenciado por Saul Steinberg, que además logró implantar en un país donde no era tan bien aceptado ese modo de hacer monitos simples con ideas complejas, de descarga política muy fuerte.

Y fue ese mismo estilo que lo llevó a ser muy respetado entre editores y lectores que no iban a negarle nada, por eso todos recuerdan el *¿Por qué?* del 3 de octubre, un cartón que fue un logro publicar, por ser un reflejo del respeto que se le tenía al creativo, al artista que era.

Abel Quezada era un hombre que tenía ideas, pero no tenía una ideología, nunca quiso vender una utopía. Se vale tener filias y fobias, pero nunca puedes llegar a arrastrarte por un político, porque los caricaturistas somos sus antípodas. El buen político le dice a la gente lo que *quiere oír*, y el buen caricaturista le dice a la gente lo que *no quiere oír*; el buen político siempre se anda por las ramas, y el buen caricaturista tiene que salir a romper muelas.

A la caricatura actual le falta introspección y le sobra ideología. Hemos creado una generación de niños de porcelana, gente que se ofende por todo, de mucha corrección política, y Abel Quezada, sus modos y monos serían quemados en leña verde... Él nos enseñó a reírnos de nosotros mismos, algo que hace tanta falta.

